

# Virgilio y Horacio, colaboradores a la Paz octaviana

«La Providencia ha enaltecido y adornado excelentemente la vida humana, dándonos a Augusto, a quien ha colmado de virtudes, para hacer de él, el bienhechor de los hombres, nuestro salvador para nosotros y los que vendrán detrás de nosotros, para hacer cesar la guerra y por todas partes reinar la paz». Tal es el texto de una de tantas inscripciones hallada en Asia Menor, grabada en piedra, que anuncia la celebración de fiestas por el aniversario del nacimiento del Emperador. Estos elogios encontrados en los lugares más remotos del Imperio son un claro exponente de la gran estima, admiración y agradecimiento que sintieron los súbditos por «nuestro bienhechor, nuestro salvador, el que hizo desaparecer las guerras, el restaurador del orden, el gran pacificador». Son los títulos dados al César más frecuentemente.

Esto no quiere decir que durante su principado no hubiera guerras en el Imperio y que todo fuera una completa tranquilidad, porque ahí están las guerras cántabras, párticas y armenias, los descalabros en Germania, el desastre de Varo por las huestes de Herminio, sino que la paz que enaltecen las inscripciones, es debida a la consolidación de la autoridad, la seguridad interna con la desaparición de las guerras civiles y exacciones.

Todas estas guerras en las fronteras del Imperio fueron provocadas por los mismos romanos para consolidar el *limes*. Como dice Víctor Chapot: «El Imperio no tenía necesidad de extenderse más, habiendo logrado una serie ininterrumpida de fronteras naturales constituídas por el mar, grandes ríos o el desierto, era prudente detenerse allí. Es lo que resalta del célebre testamento conservado en su copia de Ancira, en el que aun relatando la serie completa de sus éxitos, Augusto se esfuerza en aparecer como pacificador más que

como conquistador. Nadie como él, sin embargo, digámoslo otra vez, ha agrandado el territorio sometido, a pesar de su tardía renuncia a toda la Germania entre el Rin y el Elba. El Imperio fué la paz; pero como término de la conquista y algo de la fuerza <sup>1</sup>».

Hay que reconocer que a pesar de las críticas de sus adversarios, ya sobre su frialdad calculada, un tanto de hipocresía, su simplicidad en acecho, la aniquilación cruel de sus enemigos políticos, estuvo dotado Augusto de un talento nada común, de una visión política extraordinaria que supo mantenerse en un término medio después de sus victorias. «Condujo, dice Dión Casio, y llevó a cabo los asuntos con mayor vigor que hombre alguno y con más prudencia que un anciano <sup>2</sup>.

Evitó el despotismo oriental apareciendo a los ojos de sus compatriotas como el primer ciudadano, el *Princeps*, cuando en el fondo manejaba todos los resortes del poder y sobre todo supo rodearse de excelentes colaboradores. «Octavio, dice León Homo, amo supremo del Estado, se propuso un doble objetivo: en primer término organizar el régimen imperial; luego, asegurar su duración. Puso en esta tarea sino el genio de un César, por lo menos las cualidades de un espíritu lúcido, de una voluntad tenaz y aquel sentido agudo del oportunismo que caracterizó su obra política».

Además se supo rodear de los auxiliares necesarios, entre los cuales merecen un puesto de honor sus dos ministros, Agripa y Mecenas, el uno de la guerra y el otro de la paz. <sup>3</sup> «Augusto, según afirma Zielinski, reinó pacífica y prudentemente, porque conservó en lo posible las formas republicanas.» <sup>4</sup> Claro indicio de una certera visión política, ya que, de otro modo, hubiera tenido que sofocar violentas rebeliones de los viejos republicanos que no hubieran tolerado el despotismo de un amo absoluto, que prescindiera completamente de toda la vieja organización política del Estado.

Su gobierno fué completamente estable. Hay equilibrio en todos los planos: monarquía y república, Oriente y Occidente, helenismo y romanidad, paz interior y guerras fronterizas.

---

<sup>1</sup> CHAPOT, *El mundo romano*, p. 65.

<sup>2</sup> DION CASIO, XLV, 1.

<sup>3</sup> LEON HOMO, *El Imperio Romano*, p. 16.

<sup>4</sup> T. ZIELINSKI, *Hist. de la civilización antigua*, p. 515.

En torno a Augusto se agrupan todas las clases sociales. Época de grandeza, paz y gloria.

Las únicas sombras que obscurecieron algo su principado fueron la derrota sufrida en el *limes* germánico y la falta de sucesión, la gran preocupación de Augusto durante los cuarenta y cinco años de gobierno. «Cuando se hubo ganado a los soldados con sus larguezas, dice Tácito, a la muchedumbre por la abundancia de víveres y a todos por las dulzuras del reposo, se le vió elevarse insensiblemente y atraer a sí la autoridad del Senado, de los magistrados y de las leyes <sup>5</sup>.

No sólo supo llegar a la cumbre del poder, como su tío César, sino que logró mantenerse, año tras año, convencido de que la estabilidad de una forma estatal es necesaria para la seguridad y progreso en todos los órdenes. «Séame permitido, declaró Augusto un día en un edicto, dar firmeza al Estado en forma permanente de tranquilidad y seguridad, y sacar de esa obra el fruto que yo ambiciono de ella: la reputación de ser el autor de su felicidad y al morir la esperanza de que el Estado quede establecido sobre las bases que yo le habré dado».

Veamos ahora en dos de los escritores más importantes de la época de Augusto—Virgilio y Horacio—cómo cantan esta paz, seguridad y sosiego, que trajo al Imperio el *Princeps*; qué elogios tributan al Emperador; e iremos entresacando los versos que enaltecen—como dice Veleyo Paterculo: «la paz obtenida, el furor de los combates por todas partes apaciguado, la autoridad devuelta a los juicios, la majestad al Senado, las magistraturas antiguas restituídas a su poderío antiguo...» <sup>6</sup>

Es Virgilio, entre los poetas del siglo primero, uno de los que más contribuyeron a propagar e inculcar en la mente de sus contemporáneos el ideal de Augusto; el plan político de aquel hábil emperador que supo deshacerse tan astutamente de sus rivales y ser el ejecutor pleno del programa estatal de César.

Repasando toda la obra virgiliana se ve flotar ese entusiasmo por las obras imperiales, esa admiración cortesana que le hace decir: *Namque erit ille mihi semper deus* <sup>7</sup>. *Ante leves ergo pascentur in*

<sup>5</sup> TAC., *Ann.* I, 2.

<sup>6</sup> VELEYO PATERCULO, *Hist. Rom.*, 7, 89.

<sup>7</sup> VIRG., *Egl.* 1, 7.

*aethere cervi... quam nostro illius labatur pectore vultus*<sup>8</sup>. Siempre que se le presenta algún motivo prorrumpe en elogios a las glorias del príncipe.

Hay que reconocer, para justificación de Virgilio, que hubo causas que excusan las alabanzas un tanto excesivas del poeta al Emperador, y que no son bajas adulaciones, como aparecerían consideradas aisladamente de las circunstancias que las motivaron. Las guerras ibéricas, gálicas, germánicas, de Oriente, las luchas interiores y ambiciones personales, Mario, Sila, Catilina, la anarquía republicana, etc., habían creado un ambiente pesimista en el pueblo romano que no veía el día en que volviera a cerrarse el templo de Jano.

Augusto fué el dichoso mortal que inaugura la paz tan anhelada y apaga los últimos rescoldos de las guerras ibéricas, que tantos sobresaltos e inquietudes habían creado al Senado. «Todo el género humano, escribe el historiador Floro, fué reunido por una paz universal y duradera»<sup>9</sup>.

Era natural que los poetas, representantes del sentimiento popular, manifestaran en sus creaciones tal agradecimiento por la paz, tan suspirada y al fin conseguida. De aquí que en Virgilio broten esos entusiasmos por el hombre «que logró renovar la Edad de oro», *qui aurea condet saecula*<sup>10</sup>.

Dira causa de estos elogios se funda en motivos personales. Augusto, generoso protector de poetas y prosistas, amparó y favoreció de un modo especial, personalmente y por sus ministros, Mecenas Agripa, al poeta mantuano. La devolución de su finca junto a las orillas del Mincio, el apoyo, protección y mimos de que se vió objeto aquel hombre modesto y ruboroso, toda esta predilección imperial, la compensó, en cierto modo, con las alabanzas y loas de que están sembradas sus obras y, sobre todo, por la glorificación de los ascendientes del César, motivo político de la *Eneida*.

Después de estos preámbulos veamos cómo Virgilio contribuyó también al programa imperial de inculcar en sus contemporáneos los sentimientos pacíficos, de hacer olvidar los enconos y enemistades que las guerras interiores habían suscitado.

La intención de Virgilio era hacer ver a sus conciudadanos que

<sup>8</sup> VIRG., *Egl.* 1, 63.

<sup>9</sup> *Epit.*, II, 34.

<sup>10</sup> VIRG., *Aen.* 6, 792.



el ambiente de paz reinante por doquier, se debía al monarca afortunado que, «al día siguiente del período depresivo de las guerras civiles, Augusto, por la exaltación de la doble idea nacional e imperial, despierta el patriotismo y devuelve a su país el ideal sin el cual no hay nación grande <sup>11</sup>. «*Tu regere imperio populos, Romane, memento (hae tibi erunt artes) pacisque imponere morem*» <sup>12</sup>.

Repasaremos las obras virgilianas exponiendo los pasajes donde se muestra esa exaltación de la paz que los dioses habían concedido a la época de Augusto. Veamos cómo fluyen, de cuando en cuando, versos armoniosos donde se canta la grandeza de la época en que vivía el poeta.

En la *Egloga* primera nos describe Virgilio los días que siguieron al tratado de Filipos del año 42, en los que Octavio retribuye a los veteranos entregándoles las tierras de Italia, que les habían sido prometidas. Un grupo de propietarios, entre ellos Virgilio, Propicio y Tibulo, fueron desposeídos. ¡Qué impresión más profunda para un espíritu tan sensible y delicado! «Figurémonos, dice Riber, un alma tierna, amante del estudio, enamorada de un paisaje sosegado y apacible y de la musa pastoral de Sicilia; un alma modesta y moderada, nacida y nutrida en esta mediocridad doméstica que hace todas las cosas más sentidas y más entrañadas; y verse arrancada de todo esto, privada de esta posesión y de esta paz en un día, por la brutalidad de una soldadesca vencedora Virgilio guardó de este trance una impresión duradera y profunda. Puede decirse que su política, su moral pública y social datan de aquella ocasión. De ella le quedó una melancolía no vaga sino natural y positiva; no pudo olvidarla jamás. Y la exhaló por boca de su pastor Melibeo» <sup>13</sup>.

He aquí algunos de los versos en que nos describe la paz y tranquilidad de que goza en su *villa*, la vida tan sosegada de los agricultores y las tristes consecuencias de las funestas guerras. En los primeros hexámetros: «Tu aquí, Títiro, so el abrigo de una tendida haya con tenue avena ensayas pastorales cantos... tu, Títiro, indolente en la ociosa sombra enseñas a las selvas a resonar el nom-

---

<sup>11</sup> LEON HOMO, *Nueva Historia de Roma*, p. 239.

<sup>12</sup> VIRG., *Aen.* 6, 851.

<sup>13</sup> L. RIBER, Prólogo a las *Obras completas de Virgilio*, p. 20.

bre de la bella Amarilis... ¡Oh Melibeo! fué un dios quien me dió esta holgura»<sup>14</sup>. Con qué fruición versifica la palabra *otia* el poeta mantuano, la paz, la tranquilidad, la despreocupación de Títiro; o, según comenta Servio, *hanc securitatem vel felicitatem*. «El (Octavio) ha permitido que mis vacas vagabundearan y que yo mismo con zampona agreste cantara lo que me viniera en gusto»<sup>15</sup>. «¡Dichoso viejo! Aquí entre los conocidos ríos y las sacras fuentes gozarás del frescor opaco. Aquí, el seto de la linde vecina do siempre las abejas, cual de Hibla, pastan la flor del sauce, muchas veces te adormirán sonando blandamente. Aquí, al pie del alto risco, el leñador dará su canto al viento. Ni, mientras tanto, torcaces roncas que son tu cuidado, cesarán sus arrullos, ni desde el elevado olmo cesará la tórtola su llanto»<sup>16</sup>. Léanse los precedentes versos detenidamente y piénsese si se han escrito versos más delicados, para cantar la dulzura y sosiego de la vida campestre.

A continuación, en contraste, expone las quejas y lamentaciones de los perjudicados por las guerras civiles: «Nosotros, pero de aquí iremos, unos a los sedientos africanos..... ¿Tendrá un soldado impío estos tan cultivados novalles? ¡He aquí a dónde llevó la discordia a los míseros ciudadanos! ¡Para eso sembramos nuestros campos! Ingiere ahora perales, Melibeo; pon en orden las vides. Idos, idos cabritillas mías, hato feliz un tiempo, ya no, cual antes solía, tendido en la verde gruta, de lejos, os veré colgando del risco cubierto de maleza. Canción ninguna cantaré, ni bajo mis pastoreo, cabritillas, cogeréis amargo sauce ni cantueso en flor»<sup>17</sup>.

En la célebre *Egloga* cuarta, tan apasionadamente comentada, es, para algunos, un canto a la pacificación del mundo, cuando estuvo a punto de estallar un nuevo conflicto al desembarcar Antonio en Brindis en el año 40. Los dos rivales logran al fin entenderse y se firma el tratado de Brindis que prolonga una paz precaria. Virgilio celebra esta situación, que después de tantas guerras logra aquietar temporalmente los ánimos de los romanos. ¡Con qué solemnes ver-

---

<sup>14</sup> Advertimos de ahora en adelante que la versión castellana de los pasajes ha sido tomada de la traducción de LORENZO RIBER, *Obras completas de Virgilio y Horacio*, Ed. Aguilar, Madrid, 1945.

<sup>15</sup> VIRG., *Egl.* 1, 9-10.

<sup>16</sup> VIRG., *Egl.* 1, 51-58.

<sup>17</sup> VIRG., *Egl.* 1, 64-78.

sos nos anuncia el Mantuano la nueva edad que alborea. *Iam... redeunt Saturnia saecula* <sup>18</sup>, exclama alborozado. Para los antiguos, el tiempo en que el Padre de los dioses, Saturno, habitó entre los mortales, fueron los años más venturosos y tranquilos que conocieron los hombres; época que llamaron dorada: *Ac toto surget gens aurea mundo..... tuus iam regnat Apollo* <sup>19</sup>. Este reinado de Apolo se verificará en la era última, cuando venga la perfección del *Aevum*, según la doctrina pitagórica: «Iniciarse ha, bajo tu consulado, oh Polión, honor del siglo nuestro, bajo el gobierno tuyo comenzarán los grandes meses su carrera. Si quedan algunos vestigios de la maldad nuestra, deshechos ya librarán las tierras del eterno miedo» <sup>20</sup>. De aquel niño afortunado anuncia el poeta: *Pacatumque reget patriis virtutibus orbem* <sup>21</sup>. He aquí el gran anhelo del vate: El orbe en paz. Harto ya de tantas guerras, expresa en magníficos versos el deseo que flotaba en todas las capas sociales. A pesar de que negros nubarrones amenazaban desencadenar una lucha cruenta y sin cuartel entre Octavio y Antonio. «Y las cabritas mismas —prosigue el poeta en la descripción de la edad dorada— de su grado llevarán a casa distendidas de leches sus ubres y de los grandes leones no serán medrosos los rebaños. La misma cuna brotará para ti suaves flores. Morirá la serpiente y la engañosa yerba ponzoñosa morirá y toda la tierra dará de todo».

En toda esta descripción tan exuberante de una edad feliz pasada y que Virgilio ve renacer, expresa más bien el deseo de paz, y tal vez un presentimiento de que se aproximaban días que recordarian a la edad saturnia, a pesar de que en la época de la composición de la bucólica, estaban muy lejos en apariencias, y los signos de nuevas guerras que se avecinaban ensombrecían los horizontes romanos.

En la *Egloga* sexta, con qué sinceridad nos manifiesta sus sentimientos, al decir, refiriéndose a su amigo Alfeno Varo «que a él conviene cantar poesías pastoriles con su fino caramillo, y dejar para otros las funestas guerras *Nunc ego (namque super tibi erunt qui dicere laudes, Vare, tuas cupiant et tristia condere bella) agrestem*

---

<sup>19</sup> VIRG., *Egl.* 9-10.

<sup>20</sup> VIRG., *Egl.* 11-14.

<sup>21</sup> VIRG., *Egl.* 4-17.

*tenui meditabor harundine Musam* <sup>22</sup>». A su carácter tan pacífico le repugna describir las luctuosas guerras entre los hombres; bien es verdad que, por agradecimiento y para engrandecer la persona de su protector Augusto, emprende el poema de las gloriosas gestas de sus antepasados.

La *Egloga* novena es semejante a la primera. Una lamentación por los daños causados a los agricultores por las luchas civiles. Está igualmente saturada de melancolía y tristeza por las confiscaciones militares que se extienden por los campos de Mantua y Cremona, para galardonar a los soldados vencedores. Lícidas y Meris, dos pastores mantuanos, se cuentan mutuamente sus desdichas y las de Menalcas, amo de Meris, en quien suponen los comentaristas encubierto al propio Virgilio: *O Lycida, vivi pervenimus, advena nostri (quod nunquam veriti sumus) ut possessor agelli diceret: hac mea sunt; veteres migrate coloni, nunc, victi, tristes quoniam fors omnia versat, hos illi (quod nec vertat bene) mittimus haedos* <sup>23</sup>. ¡Con qué triste queja lamenta las secuelas de las ambiciones! «Ahora nosotros vencidos, agobiados por la tristeza, nos hemos convertido de amos en siervos». Fué la triste condición a que se vieron reducidos los mantuanos; y cuenta una leyenda, atestiguada por *Servio* en su *Vida de Virgilio*, que éste estuvo a punto de sucumbir, víctima de un atentado al tratar de hacer resistencia al Centurión Arrio quien desenvainó una espada para matar al poeta, pero logró ponerse a salvo atravesando a nado el Mincio.

Si las *Eglogas* nos describen tan deliciosamente el tema de la vida pastoril, tan pacífico y sosegado, en las *Geórgicas* se puede decir que el fin primordial del autor se cifra en aficionar a aquellos soldados belicosos —(*impius haec tam culta novalia miles habebit*)—<sup>24</sup>, al cultivo de los campos, que habían recibido en recompensa a sus servicios militares. Mecenas fué el que le sugirió y animó a llevar a cabo esta obra, la más perfecta del Cisne de Mantua. Por este medio, con su lectura tan sugestiva, aquellos inexpertos poseedores aprenderían a cultivar sus nuevas haciendas; y entusiasmándose con esta labor, a la postre, irían poco a poco suavizando sus rudos modales y olvidando sus aficiones castrenses.

<sup>22</sup> VIRG., 6, 6-8

<sup>23</sup> VIRG., *Egl.* 2-6.

<sup>24</sup> VIRG., *Egl.* 1, 70.



Esta es una de las causas, si no la principal, que motivó su composición. Mecenas no anduvo desacertado ni el tema ni el autor. Virgilio, de padres campesinos, enamorado de las bellezas naturales, de sentimientos tan pacíficos, poeta por naturaleza, hábil versificador, era la persona más idónea y apta para emprender semejante empresa.

Veamos algunos pasajes, donde canta la paz de que disfruta y al principal promotor de tiempos tan afortunados. En el prólogo al primer libro de las Geórgicas exalta la figura de César Augusto, entonces en la cumbre de su poder y gloria. *Tuque adeo quem nox quae sint habitura deorum concilia incertum est urbesne invisere Caesar, terrarumque velis curam*<sup>25</sup>. «Y finalmente tú, de quien se duda qué asiento tendrás en el Consejo de los dioses. ora quieras tener bajo tu amparo las ciudades y las tierras bajo tu cuidado». El poeta le pide al César que, algún día, cuando esté ocupando un sitio entre los dioses, siga también entonces protegiendo y tutelando al mundo romano, con aquella paz y tranquilidad con que lo había gobernado en la tierra.

Al final de la primera *Geórgica*, nos describe Virgilio los funestos y terribles acontecimientos que presagiaron y acompañaron al asesinato de Julio César. Ante aquel crimen, el sol se obscureció «y aquel siglo impío temió hundirse en una noche eterna». *Impiaque aeternam timuerunt saecula noctem*<sup>26</sup>. El Etna respiró fuego, en Germania se oyeron choques de armas invisibles, los Alpes temblaron, oyéronse voces en los bosques, viéronse fantasmas en la noche, y llega a decirnos el poeta que las bestias hablaron: *Pecudesque locutae (infandum!)*<sup>27</sup>. Todas estas señales terroríficas significaron que se había quebrantado la paz porque los campos de Filipos vieron por segunda vez hacerse la guerra las *fasces* romanas: *Iterum*: «por segunda vez». En los mismos campos de Tesalia habían medido sus armas, *paribus telis*, en guerra civil César y Pompeyo.

Con qué dolor lamenta que llegará un día en que el curvo arado levantará dardos roídos de orín, yelmos vacíos y rotos y los

---

<sup>25</sup> VIRG., *Georg.* 1, 24-26.

<sup>26</sup> VIRG., *Georg.* 1, 468.

<sup>27</sup> VIRG., *Georg.* 1, 478-479.

huesos gigantescos de los hijos de Rómulo. Invoca a los dioses patrios para que no impidan que Augusto socorra al mundo, tan aniquilado por las guerras. *Hunc saltem everso iuvenem succurrere saeclo ne prohibete*<sup>28</sup>. «Y tantas guerras por el orbe y tantas formas de maldades, de honor ninguno el arado es digno, los campos yermos de colonos se ensilvecen y las hoces corvas se transforman en rígidas espadas. Por una parte, mueve guerra el Eufrates, por otra la Germania. Rotos los pactos, álzanse en armas las ciudades vencidas y por todo el orbe se enbravece Marte crudo»<sup>39</sup>.

En estos versos vemos cuáles eran los sentimientos de Virgilio ante las consecuencias tan deplorables de las guerras, y el panorama que a la sazón se vislumbrara en los confines del Imperio romano, que la mano robusta del Emperador mantenía a raya a las naciones bárbaras que, cual aves de presa, amenazaban lanzarse sobre el Imperio, como hicieron cuatro siglos más tarde.

Los versos 458 al 474 de la segunda *Geórgica* constituyen un magnífico elogio a la vida sencilla y pacífica del labrador. Había descrito, en los hexámetros anteriores, los productos que se extraen de los árboles: los frutales, los citisos que se pacen, los pinos suministran teas, los cedros madera para naves, los cipreses, para viviendas, el mirto, para astiles, etc., y al llegar al fruto de la vid, el vate enardecido exclama: «¡Oh labradores afortunados si conociesen su fortuna! Para quien justísima la tierra, lejos de las armas, en discordia, ofrece a haldadas su sustento fácil... No les falta segura quietud y vida que ignora el engaño, rica de riquezas variadas; y ni ocios en sus campos libres; grutas y vivos lagos, y valles frescos y mugidos de bueyes y bajo un árbol, sueños apacibles; selvas allí y guaridas de salvajina y juventud parca y paciente; días de fiesta y padres reverenciados. Emigrando de la tierra la Justicia marcó entre ellos sus postreros pasos»<sup>30</sup>.

Cuenta Arato que la Justicia antes de emigrar definitivamente de entre los hombres, habitó primero en las ciudades y al fin entre los sencillos y sufridos campesinos. Léase detenidamente esta tan embelesadora descripción de la vida campestre, que tal vez no se encuentre en la literatura universal un autor que le supere y que

<sup>28</sup> VIRG., *Geórg.* 1, 500-501,

<sup>39</sup> VIRG., *Geórg.* 1, 505-511.

<sup>30</sup> VIRG., *Geórg.* 2, 458-474.

haya calado tan a fondo en la belleza íntima y encanto que la Naturaleza ha prodigado a la vida rural.

Y concluye Virgilio afirmando que, tal fué la vida de los antiguos romanos y lo que les engrandeció: «En pasadas edades cultivaron esta vida los viejos sabinos; esta vida Remo y su hermano; así creció la fuerte Etruria; así se hizo la más hermosa Roma y en el cerco de sus muros encerró siete colinas.»

El áureo Saturno llevó esta vida en la tierra. Aún nadie había oído henchir de soplo los clarines ni las espadas crepitar encima de los duros yunques <sup>31</sup>.

Virgilio termina el libro cuarto de sus *Geórgicas*, después de habernos contado la bellísima leyenda de Aristeo, Orfeo y Eurídice, haciendo mención de Augusto que, al tiempo que el poeta componía esta obra, el Emperador, rayo de la guerra, luchaba victoriosamente contra los pueblos del Eufrates e imponía leyes a los países sometidos. Bien comenta Servio: «es propio del valor el vencer, pero gobernar a los sometidos pertenece a la justicia y de este modo se va él preparando el camino para los honores divinos. *Per populos dat iura viamque adfectat Olimpo* <sup>32</sup>. He ahí el programa de Augusto durante todo su principado: dar leyes, gobernar pacíficamente. Sus poetas ensalzan y alaban esta obra civilizadora.

Pasando ahora a la obra más importante de Virgilio, la *Eneida* escrita a requerimiento del mismo Augusto; poema nacional, complemento de la estructura que acababa de dar al Imperio. Aunque sea una continua sucesión de aventuras, sin embargo se vislumbra el fin primordial de la Epopeya: la glorificación de Augusto en sus ascencientes, que habían superado tantos trances angustiosos, con la protección de los dioses para fundar un Imperio cuyo remate de gloria, paz, y todo género de bienes gozan los afortunados mortales que han tenido la suerte de vivir en la época augusta.

Toda esta grandeza en lontananza se ve presagiada en los primeros hexámetros de la *Eneida*, cuando Venus acongojada por las desventuras de su hijo Eneas acude a Júpiter en ademán suplicante. El padre de los dioses le abre el secreto del futuro, mostrándole la

---

<sup>31</sup> VIRG., *Georg.* 2, 532-540.

<sup>32</sup> VIRG., *Georg.* 4, 562.

gloria y el esplendor a que se encumbrarían sus descendientes troyanos, a pesar de todas las maquinaciones y obstáculos de la iracunda Juno. «Vendrá con el mover de los años, una edad en que la casa de Asaraco apremiará con cautiverio a Phthia y la noble Micenas dominará sobre Argos vencida. De este bello origen nacerá César Troyano, a cuyo imperio pondrá fin el mar y a cuya fama los astros; Julio, nombre derivado del gran Julio. A éste en los venideros tiempos tú le recibirás segura en el cielo, cargado con los despojos de Oriente; también como dios será invocado. Entonces callarán las guerras y los ásperos siglos se mitigarán. La cana Fe, y Vesta y Quirino con su hermano Remo darán leyes; las crueles puertas de la guerra se cerrarán con hierros y con recios cerrojos; y dentro el impío Furor, sentado sobre las fieras armas y aherrojado por la espalda con cien nudos de acero, bramará horripilantemente por su boca ensangrentada» <sup>33</sup>. Notemos sobre todo el hexámetro 291: *Aspera tum positis mitescent saecula bellis* <sup>34</sup>. Entonces, cuando llegue su reinado, dice Virgilio, los tiempos tan belicosos se apaciguarán por haber desaparecido las guerras. ¡Qué magistralmente coopera al plan político del *Princeps*, exaltando su época como la más feliz y próspera que vieron ojos romanos, dado que así estaba decretado por el *fatum*. Con qué seguridad añade: *Dirae ferro et compagibus artis claudentur Belli portae* <sup>35</sup>. Clara alusión a la clausura del templo de Jano, la tercera vez que se cerraba, después de Numa y la segunda guerra púnica; y ahora, al fin, ganada la batalla de Accio. Dentro el impío furor sentado sobre las sangrientas armas, aherrojado por la espalda con cien cadenas, brama horripilantemente por su boca sangrienta. ¡Qué pintura más patética e impresionante de la obra pacificadora que había tenido que realizar Augusto para imponer la paz al universo!

Otro augurio semejante al primero se lee en el libro VI. Eneas ha cruzado impávido los reinos tenebrosos y sube a los Campos Elíseos, donde al fin se encuentra con su padre Anquises, que llora de emoción paternal al ver la piedad de su hijo, superando tantas dificultades por llegar a abrazarle. «Tu imagen, padre mío, tu triste

---

<sup>33</sup> VIRG., *Aen.* I, 296.

<sup>34</sup> VIRG., *Aen.* I, 291.

<sup>35</sup> VIRG., *Aen.* I, 293.



imagen, con visitas insistentes, me forzó a encaminarme a estos umbrales <sup>36</sup>. Anquises, en compensación, le declara la futura grandeza del Imperio romano y, al llegar a Augusto, le predice lo siguiente:

«Este es el varón, éste es quien te fué tantas veces prometido, Augusto César, de divino origen. Restaurará de nuevo los siglos de oro sobre el Lacio, por los campos donde siglos atrás Saturno reinara; dilatará su Imperio allende los Garamantes y los Indos, la tierra que se extiende más allá de las estrellas, fuera de los caminos del Año y del Sol, en donde el celífero Atlante hace girar en sus hombros el eje de la esfera, poblada de luceros ardientes. Ahora ya a su venida sienten horror de los divinos oráculos los reinos Caspios y la tierra Meótica; y se conturban y tiemblan las bocas del Nilo que se expande en siete brazos» <sup>37</sup>. ¡Con qué orgullo dice del *Princeps* que restaurará los siglos dorados, cuando reinó en el Lacio el anciano Saturno, de cuya edad dice nuestro Cervantes: «Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia... No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza» <sup>38</sup>. El padre de los dioses arrojado de su trono por su hijo Júpiter, reducido a la humilde condición de mortal errante y proscrito, llegó a las tierras del Lacio, reinando Jano que recibió caritativamente al dios errante. Saturno concedió en premio a su hospitalidad, una edad de oro: la tierra fecunda produciendo sin que el arado la surcase abundante cosecha, los árboles ofrecían sabrosos frutos al viandante, la abeja afanosa su miel. Vivían entonces los hombres inocentes, sencillos, bondadosos, pacíficos, exentos de vicios y libres de sueños ambiciosos. Tal es la edad que, según Anquises, volverá a revivir en el reinado de un lejano descendiente suyo, y el pueblo romano gozará de esos tiempos venturosos que los antiguos llamaron Edad de Saturno.

Las últimas palabras de Anquises, referentes al pueblo romano, señalan el destino imperial, según Virgilio, de los descendientes de Eneas. Roma gobernó a los pueblos por el Imperio, pero para bien de ellos, para la civilización y la paz. Tal es el ideal de Augusto.

---

<sup>36</sup> VIRG., *Aen.* 6, 695-696.

<sup>37</sup> VIRG., *Aen.* 6, 791-800.

<sup>38</sup> CERV., *Quijote*, Part. I, Cap. XI.

Esta misión tan grandiosa invade los espíritus de los contemporáneos del poeta; ya no se conquista para traer a Roma los tesoros de los pueblos sometidos; ya no es mero provecho utilitario, sino que se busca el bien, la educación, la tranquilidad y progreso de los sometidos. Este sentido paternal y vocación imperial la expresa Virgilio en el célebre pasaje de Libro VI de la *Eneida*: «Trabajarán otros con mayor blandura el bronce y le infundirán alientos de vida (así lo creo); y del mármol sacarán los rostros vivos, perorarán mejor las causas y medirán con el compás los movimientos del cielo y dirán el nacimiento de los astros; atiende tú, oh Romano, a gobernar a los pueblos con tu imperio; estas serán tus artes: *imponer las normas de la paz*, perdonar a los vencidos y debelar a los altaneros». Fijémonos en las célebres palabras: *Pacisque imponere morem*, que señalan la misión del pueblo romano y que Augusto, sirviéndose de los escritores de su época, quiso grabar en la mente de sus súbditos. Esta misión pacificadora y civilizadora que supo imprimir a su gobierno y fué mantenida por sus sucesores, ha sido para la Humanidad *f fuente de inspiración y vida*, como dice Humboldt.

Otro singular presagio de la grandeza del principado de Augusto leemos al fin del libro VIII. El poeta nos ha descrito maravillosamente la fragua de Vulcano, donde ayudado éste por los Cíclopes, ha forjado las armas que Venus envía a su hijo Eneas para sus futuras luchas en Italia. En el escudo están cincelados la historia itálica y los triunfos romanos. Una serie de hechos gloriosos fraguados sobre el bronce: Rómulo y Remo suspendidos de las tetas de la loba maman ansiosamente; las Sabinas audazmente raptadas; Porsena cercando a Roma; el ánsar anunciando con sus graznidos el asalto del Capitolio, y así sucesivamente; pasando por Catilina aterrorizado por un risco que amenaza aplastarle con su caída y al inflexible Catón dictando sentencias; Al final nos describe la representación en el escudo de la batalla de Accio donde César Augusto, arrojando por sus sienes vivas llamas augurales y mostrando en su cabeza la estrella de su padre, dirige aquel combate naval rodeado de sus senadores, pueblo, penates y grandes dioses. ¡Qué espléndida descripción! Cleopatra con el sistro egipcio excita a sus huestes al combate; Anubis hace armas contra los dioses romanos; Marte en medio del combate; las Furias y con gozo feroz las Discordias contemplan el panorama...; y como complemento a esta parte del escudo, la en-

trada triunfal de Augusto en Roma después de haber impuesto la paz en el Oriente vencido.

Los últimos hexámetros, son la descripción de esta entrada triunfal de Augusto en Roma, después de la victoria sobre Antonio del 13 al 15 de agosto del año 29, en la que celebra tres triunfos consecutivos: los éxitos sobre los Panonios y Dálmatas, la victoria de Accio y la conquista de Egipto; el propio Virgilio estuvo presente a esta entrada, dada la viveza con que la describe. Dice el vate: *Euphrates ibat iam mollior undis*. «Ya con mayor paz en las ondas el Eufrates discurría»<sup>39</sup>. En este día Augusto cerraba con aquel magno triunfo una serie de guerras que habían perturbado la paz durante quince años y se inauguraba para el Imperio una paz, una tranquilidad, un sosiego que ha merecido el sobrenombre de Pax Octaviana.

Expuestos ya los pasajes donde Virgilio elogia la idea de la paz, cooperando al programa pacificador de Augusto, pasamos ahora a considerar las obras de Horacio, entresacando aquellas citas que ensalzan la vida tranquila y sosegada, o exaltan la persona del César, como tutor de la paz, mantenedor del orden que anteriores gobernantes habían perturbado con sus ambiciones políticas.

Horacio es de los escritores de la edad áurea más mimados por la fortuna y por la predilección de los ministros del fundador del Imperio. A pesar de su baja procedencia, hijo de un liberto, nacido fuera de Roma, provinciano, y en su juventud militante del bando opuesto al vencedor; no obstante se encumbró de tal modo que, hasta el mismo Emperador y su corte, solicitaban su amistad. El tuvo la delicadeza de pagar aquella protección y favor con una aureola de gloria e inmortalidad que enlaza a Augusto con Horacio. Hay que notar que la amistad del poeta nunca fué servil ni adulatora, sino que siempre se mantuvo digna y noble.

Es de admirar la habilidad de Mecenas en haber sabido coadunar a aquel grupo de selectos, procedentes de los bandos más opuestos: Aristio Fusco, los dos Viscos, Servio Sulpicio, Bíbulo, Propercio, Varo, Virgilio y nuestro Horacio, etc.,. Esta sociedad contribuyó al olvido de las pasadas rivalidades. Esta amistad, entre hom-

---

<sup>39</sup> VIRG., *Aen.* 8, 726.

bres que antes se habían odiado, sirvió como de núcleo y aliciente para atraer a otros de menor relieve que se adhirieron a este grupo de intelectuales, todos alrededor del monarca reinante,

Apreciado y estimado era natural que el poeta celebrara aquella edad tan feliz para él, que lo había colmado de tantos bienes. *Satis superque me benignitas tua ditavit* <sup>40</sup>.

Así se comprende que Horacio fuera un fervoroso cooperador de Augusto en su obra política; la reforma de las costumbres que tan relajadas habían quedado después de las prolongadas guerras civiles, —y como secuela natural—, el decaimiento y olvido de la primitiva Religión romana, en que se habían amamantado los esforzados varones que la República había producido.

¡Qué diferencia entre las costumbres que preceptuara el Padre Rómulo y las que dió ejemplo el inflexible Catón! De aquí las estrofas en que el vate enaltece la vida frugal y sencilla, la vieja austeridad romana, aquel pueblo de pastores y campesinos, entregados a las labores del campo sin ambiciones de conquista.

Lo mismo que Virgilio, Horacio asigna a Augusto una misión providencial: la consolidación del Imperio romano y, como consecuencia, la pacificación del orbe. De sus versos brotan cantos de entusiasmo de agradecimiento al *Princeps* reinante, salvaguardia de la paz universal. Bien dice Lorenzo Riber: «Esta paz geórgica, de la cual era Augusto prenda y garantía, era aquella misma paz que anunciaban los libros sibilinos y las profecías hebraicas. Acercábanse los tiempos nuevos: el nuevo orden de siglos de Virgilio; la *plenitudo temporis* de S. Pablo. Cada uno, como en el tiempo de los reyes bíblicos, asentábase en paz debajo de su parral, cada uno debajo de su higuera. Los siglos feroces tornábanse mansos y callaba el estrépito de las guerras férreas. Los rígidos cuchillos encorvábanse en hoces y el arado comenzábase a ser desagraviado del prolijo vilipendio. Con este silencio, solemne como el silencio de media hora que se hizo en el cielo, según el Apocalipsis, la tierra veneraba el descendimiento callado de la nueva Progenie, que bajaba tan suave como la lluvia sobre el vellón, y tan pura como el rocío matinal que cae sobre el sueño de la tierra» <sup>41</sup>.

---

<sup>40</sup> HOR. *Ep.* 31.

<sup>41</sup> L. RIBER, *Obras completas de Virgilio y Horacio*, Prólogo, p. 374.



Veamos ahora en particular los textos en que elogia y canta la vida pacífica y tranquila, y por los que colabora al plan político de Augusto, de hacer olvidar los instintos belicosos de sus súbditos.

La oda segunda del libro primero cuenta las calamidades que siguieron a la muerte de Julio César, como castigo de los dioses irritados por tal maldad; estos lamentables sucesos habían sido ya expuestos por Virgilio en sus *Geórgicas*. El vate termina la oda con esta invocación a Augusto: «Ven tú, alado hijo de Maya, que cambiada la figura, tomas en la tierra la apariencia de un mancebo y consientes que se te llame vengador de César. Sea tardío tu retorno al cielo, y largo tiempo asiste alegre al pueblo de Quirino, y que un aura demasiado rápida no se te nos lieve enojado por nuestros vicios. Ama mas bien aquí abajo los triunfos grandes; ama ser llamado aquí padre y príncipe; y no consientas que los Medos cabalguen impunes, siendo tú caudillo nuestro, César<sup>42</sup>». Pide a los dioses que sea tardío su retorno al cielo; y al Emperador que se goce con los triunfos terrestres, con las victorias obtenidas por las que le invoca el pueblo romano con el título de Padre.

Eran las palabras que brotaban de todos los labios, después del bienestar que por doquier había; no acostumbrado el pueblo a tanta tranquilidad y menos durante tantos años como imperó Augusto,

La bellísima oda 14 del mismo libro es una alegoría del Estado azotado por las guerras civiles. Eran los días aciagos que precedieron a la lucha, que estuvo a punto de estallar entre Augusto y Antonio, prorrogada al fin por el tratado de Brindis del año 37 o tal vez, en vísperas de la batalla de Accio en el 32. ¡Con qué sentimiento lamenta Horacio la guerra entre ciudadanos. ¡Así increpa al estado bajo la alegoría de la nave! «No te alejes del puerto, no abandones la paz y tranquilidad que disfrutas ¿no ves tu costado sin remos, roto el mástil por el veloz Africo, no oyes el crujir de las antenas?»<sup>43</sup>. Era como advertir al pueblo romano: ¡Cómo está la República sin generales ni soldados! Oye el deseo del poeta de que te apartes de las Cícladas brillantes en que se hunden los Estados empeñados en cruentas e inútiles discordias internas.

---

<sup>42</sup> HOR., *Odas*, 2. I, 2.

<sup>43</sup> HOR., *Odas* I, 14.

Tal es el argumento de esta inspirada pieza, que tan comentada y traducida ha sido a través de todos los tiempos.

Como acción de gracias por la victoria de Accio, había levantado Augusto un templo a Apolo, su dios favorito. En el año 28 se celebra la dedicación de este edificio. Horacio compone con este motivo una de sus odas más inspiradas: *Quid dedicatum poscit Apollinem Vates?*<sup>44</sup> «¿Qué podrá pedir un poeta a Apolo en el día de la dedicación de su templo? No extensos campos de mieses, no ganados, ni oro ni marfil, no dilatados viñedos. Concédame el hijo de Latona gozar en paz de mis logrados bienes y con espíritu entero ni arrastrar una vejez sin honra, ni vivir privado de la cítara». He aquí la pretensión de Horacio: vivir en paz; he ahí lo que intenta inculcar a sus contemporáneos: que abandonen ya definitivamente el afán guerrero y busquen pasar la vida tranquila y sosegadamente.

La primera oda del libro segundo es un elogio indirecto a Augusto, fautor de la paz de que goza el Imperio. Está dedicada a Polión, íntimo amigo de Horacio, pero enemigo del César. Había militado en el campo de Antonio; aconsejábale el Vate que abandonara ya la musa trágica para que se dedique a la historia, puesto que tan hábilmente describe, que parece al lector oír los clarines, el choque de las armas, a los grandes caudillos sórdidos de polvo no indecoroso, las batallas que tuvieron por escenario Africa y España; al final lanza esta estrofa condenatoria de la guerra: *Qui gurges, aut quae flumina lugubris ignara belli? quod mare Dauniae non decoloravere caedes? Quae caret ora cruore nostro*<sup>45</sup>. Con la palabra *lugubris* anatematiza la guerra que, como procedente del verbal *lugeo*, la califica como productora de lágrimas, luto, llanto, tristeza y duelo.

La conclusión de la oda la deja al lector. Augusto merece la indulgencia de los historiadores porque, aunque actor de las guerras precedentes, sin embargo, con la victoria de Accio inauguró una era de paz.

La oda a Grosfo<sup>46</sup>, una de las más filosóficas del autor, es una

---

<sup>44</sup> HOR., *Odas* I, 31,

<sup>44</sup> HOR., *Odas* II, 1.

<sup>46</sup> HOR., *Odas* II, 16.

exaltación del *otium* que toda clase de personas piden a los dioses: el marinero detenido en el mar Egeo, la Tracia enfurecida por la lucha, los Medos de vistosa aljaba; esa paz que no se compra con perlas, con púrpura ni con oro. Los ricos en sus sueños son perturbados por los cuidados y preocupaciones, mientras que el pobre con su «pobre mesa y casa», ni el temor ni la codicia sórdida le rompen el sueño. ¡Qué magnífico elogio a la paz y tranquilidad de una vida sobria y sin pretensiones! ¡Qué condenación de todos aquellos que por medio de las conspiraciones, crímenes, discordias habían perturbado a la nación, pretendiendo escalar las últimas gradas del poder. Por la memoria de Horacio pasarían Mario, Sila, Catalina, Pompeyo, César, etc.

La oda octava del libro III está inspirada en la idea de celebrar las calendas de marzo, aniversario del día en que estuvo a punto de perecer el vate aplastado por la caída de un árbol en su quinta de la Sabina: *Prope funeratus arboris ictu* <sup>47</sup>.

Invita a su protector Mecenas a beber cien copas a la salud del amigo indemne. «Da tregua a tus civiles cuitas sobre la Ciudad. Está aniquilada la hueste de Daco Cotison; el Medo funesto a sí mismo con sus propias armas se destruye. Reducido está a servidumbre nuestro viejo enemigo de la frontera hispánica, el Cántabro domado con tardía cadena. Ya los Escitas relajado el arco meditan abandonar los campos nuestros. Olvida un instante tus preocupaciones por el pueblo, y, simple ciudadano, cesa por ello de inquietarte; toma de grado lo que la hora presente te da y serena el sobrecejo». Todo el Imperio está en plena paz, gocemos de estos tiempos tan venturosos y tranquilos, y olvidemos las preocupaciones, disfrutemos de la vida, son los consejos que da Horacio a su amigo.

Augusto acaba de volver de España, después de haber soyugado a los belicosos cántabros. Horacio canta el triunfo del César y celebra la terminación de la guerra en la oda 14 del Lib. III. Probablemente está compuesta en el año 24 a. d. C. «Salga la esposa, pide el poeta, salga la hermana del claro caudillo, salgan las madres de las vírgenes y las de los mozos a recibir a los que retornan incólum-

---

<sup>47</sup> HOR., *Odas* III, 8.

mes: *Ego nec tumultum nec mori per vim metuam tenente Caesare terras* <sup>48</sup>. Mientras Cesar reine, viviré tranquilo, sin temer guerras externas ni tumultos internos. Así exalta la figura del *Princeps* reinante, como autor de la paz de todo el Imperio y bajo cuyos auspicios no pueden temer mal alguno.

Otra oda semejante es la segunda del lib. IV: un himno triunfal al Emperador, a su regreso de las Galias, después de haber reorganizado la administración en ellas y repelido a los germanos al otro lado del Rin. «Mayor que él (Augusto) ni mejor, jamás lo otorgaron a la tierra los hados ni los dioses benignos, ni lo otorgarán en los venideros tiempos, aunque los siglos retornaren al oro primitivo. Cantarás tú los días gloriosos y el júbilo universal de la ciudad por el logrado retorno del fuerte Augusto; y cantarás en el foro, libre de querellas. Entonces, una buena parte de mi voz, si cantare algo que mereciera ser oído, se allegará a la voz tuya; y, ¡oh sol hermoso!, ¡oh loable día!, cantaré yo feliz por el regreso de César. Y mientras tú avanzarás ¡oh triunfo! diremos, y no una sola vez: ¡oh triunfo! y con nosotros toda la ciudad y ofreceremos incienso a los dioses benignos» <sup>49</sup>. El poeta rebasa de satisfacción por la paz lograda con la victoria germánica y desea que todo el pueblo cante a una sola voz: ¡Triunfo!

Otro himno de glorificación al Emperador es la oda quinta del Libro IV por la tranquilidad y sosiego que reina en todas partes, debido a su benéfico gobierno. Augusto llevaba ya cuatro años ausente de Roma, del 16 al 13, arreglando los asuntos de Germania, Galia y España. Horacio en nombre de todos los ciudadanos le pide que regrese ya a la ciudad de Rómulo; su venida es tan deseada como la madre la del hijo retenido por el proceloso Noto en los alrededores de Rodas y Creta. Teniendo al César salvo ¿qué se podía temer de los enemigos más fieros del nombre romano: *Tutus bos etenim rura perambulat, nutrit rura Ceres, almaque Faustitas pacatum volitam per mare navitae; culpari metuit fides* <sup>50</sup>. «Por ti el buey seguro pace en las dehesas. Ceres y la dichosa Abundancia nutren los campos; vuelan los navegantes por el mar en sosiego; la

---

<sup>48</sup> HOR., *Odas* III, 14.

<sup>49</sup> HOR., *Odas* IV, 2

<sup>50</sup> HOR., *Odas* IV, 5.



buena fe se alarma de la más leve sospecha». Tales son los elogios que el vate tributa al César, por la paz que florecía en todos los órdenes.

La oda decima quinta del mismo libro es un resumen de los bienes conseguidos por Roma, bajo el gobierno de Augusto. Enumera las victorias del Emperador que engrandecieron a Roma; el logró cerrar por tres veces el templo de Jano el año 29, 25 y 8 antes de C.; restauró las buenas costumbres, por eso todos los romanos piden a los dioses por su vida y salud. «Mientras quería yo cantar combates y vencidas urbes, reprendiéndome con su lira Febo para que no aventurara mis pequeñas velas por el mar Tirreno. Tu reinado, César, trajo a los campos fértiles cosechas y restituyó a nuestro Júpiter las enseñas arrancadas de las puertas orgullosas de los Partos; él ha cerrado el vacío templo de Jano Quirinal; él impuso frenos a la licencia que rompía el orden legítimo, alejó las culpas y renovó las antiguas artes que engrandecieron el latino nombre y las fuerzas de Italia y la majestad del Imperio dilatada desde la cuna del Sol hasta el tálamo Hesperio. Pues que César es nuestro custodio ni el cívico furor, ni la violencia no turbarán el reposo; ni la ira que forja las espadas y enemista las míseras ciudades»<sup>51</sup>.

El *Carmen Saeculare* es un himno triunfal a la gloria y esplendor del Imperio Romano. Los Juegos Seculares son de institución muy antigua; no podían celebrarse sino una vez por cada cien años. Un poeta componía el himno que habían de cantar el último día cincuenta y cuatro jóvenes de ambos sexos.

Los Juegos Seculares que decretó Augusto para el año 737 de la fundación de Roma se celebraron con tal esplendor, precediendo tales preparativos que, sin duda, no vió el mundo pagano fiestas más grandiosas y solemnes. En ellas no debía aparecer ninguna señal de luto y tristeza.

Le cupo en suerte a Horacio, *Romanae fidicen lirae*, el honor de componer el himno que en tiempos pasados recibió el encargo Livio Andrónico. Exclama el vate en un raptó de inspiración: «¡Dioses Conceded costumbres buenas a la dócil juventud ¡Dioses! Conceded reposo a la ancianidad apacible y a la raza Romulea dadle rique-

---

<sup>51</sup> HOR., *Odas* IV, 15.

za, dadle hijos y dadles gloria... Ya por mar y tierra temen su potente brazo y las seguras albanas; ya los Escitas, soberbios hasta ahora, atienden tus mandatos y los atienden los Indios»<sup>52</sup>. A continuación personifica Horacio a las graves virtudes del Romano, que habían florecido en la antigua pureza de costumbres, perdiéndose por tantos trastornos políticos y que ahora, bajo el gobierno de Augusto, volvían a revivir. *Iam Fides et Pax et Honor, Pudorque priscus et neglecta redire Virtus audet; apparetque beata pleno copia cornu*<sup>53</sup>. «Ya la Fe y la Paz y el Honor y el Pudor antiguo y la desdeñada Virtud osan el retorno y colmado el cuerno se nos muestra la bienaventurada Abundancia». Con tan nobles palabras nos habla de la paz que ha retornado y que goza feliz el pueblo bajo los auspicios de Augusto.

Delicadísimo por todos los conceptos es el Epodo segundo que tan exactamente vertió al castellano Fr. Luis de León, el elogio de la vida del campo. *Beatus vir qui procul negotiis..*,<sup>54</sup>. ¡Qué propaganda más eficaz no sería para sus contemporáneos esta loa del vivir campesino!

Cuando los odios, ambiciones, rivalidades y deseos de medrar invadían los ánimos de los más nobles romanos. Horacio ensalza como la vida más pacífica y feliz la del que «con pobre mesa y casa en el campo deleitoso, con sólo Dios se compasa; y a solas su vida pasa ni envidiado ni envidioso»<sup>55</sup>. Cuando era general la tendencia a abandonar el campo, emigrar a la ciudad a engrosar el número de la plebe; cuando la agricultura languidecía por falta de brazos, entonces Horacio compone una de sus más inspiradas odas a la vida rural, alejada del bullicio ciudadano. «Dichoso aquel que alejado de negocios, él, cual la raza de los hombres primitivos, desasido de todo interés labra con sus bueyes los paternos campos; ni, soldado le despierta el clarín fiero ni tiembla en la mar brava, y evita el foro y el soberbio umbral de los ciudadanos poderosos»<sup>56</sup>.

Opuesto al anterior en su tema, pero de finalidad e intención se-

<sup>52</sup> HOR., *Carmen Saeculare*.

<sup>53</sup> HOR., *Carmen Saeculare*

<sup>54</sup> HOR., *Epodos II*.

<sup>55</sup> FR. LUIS DE LEÓN, *Obras completas*, 2.<sup>a</sup> Ed., Madrid, 1952.

<sup>56</sup> HOR., *Epodos II*.

mejante, es el Epodo séptimo en que condena Horacio la propensión de los romanos a matarse mutuamente. Por este detalle se deduce que esta oda fué compuesta poco antes de reanudarse las hostilidades entre Octavio y Sexto Pompeyo hacia el año 38. ¡Con qué vehemencia y dureza apostrofa a los ciudadanos y les increpa diciéndoles!: «¿Adónde, adónde os despeñais malvados? ¿O qué hacen en vuestras manos estos hierros envainados hasta ahora? ¿Harta sangre latina no corrió aún por tierras y por mares? No para que prendiera fuego a las soberbias ciudadelas de la envidiosa Cartago; no para que el Britano, intacto hasta ahora, descendiera cargado de cadenas por la Vía Sacra, sino para que esta ciudad, según el deseo de los Partos, se destruyese con su propia mano. Jamás ha sido tal la costumbre de lobos y leones; jamás si ya no fué entre fieras desiguales. ¿Es furor ciego el que os arrebató, es fuerza irresistible, es castigo expiatorio? Responded: Callan, y la lívida palidez mancha sus rostros y su razón se queda estupefacta. Así es; hados acerbos se ensañan en los Romanos y la maldad de la muerte fraterna desde los días en que, fatal a sus descendientes, la inocente sangre de Remo se derramó sobre la tierra»<sup>57</sup>.

Casi del mismo modo que el precedente Horacio en el Epodo 16 y con las mismas palabras increpa y conmina a sus compatriotas a que abandonen ya de una vez las luchas fratricidas.

Probablemente fué escrito en los comienzos de la guerra de Perusa, en el año 41. Lo notable de esta oda es la última parte, donde el vate, tal vez para acallar estos sentimientos belicosos de los Romanos, les describe unas maravillosas islas, quizá las Afortunadas, donde se vivía una edad de Oro. Esta descripción recuerda la de Virgilio en las *Geórgicas* o la de Ovidio en el Lib. I de la *Metamorfosis*. Veamos los hermosos versos descriptivos de aquellos lugares tan venturosos, donde anima a marchar a todos los ciudadanos amantes de la paz: «Busquemos las islas ricas donde la tierra sin arar rinde trigo cada un año y está en cierne la no podada viña y no engañoso jamás germina el pimpollo de la oliva, y el higo negro es adorno de su árbol y la miel corre de las encinas huecas; y de los altos montes delgada el agua se desliza con su pie fresco y sonoro.

---

<sup>57</sup> HOR., *Epodos* VII.

Allí las cabras sin dueño se acercan a la colodra por sí mismas y la vacada amiga trae tensas las ubres; ni el vespertino oso ronda bramando los apriscos, ni hincha la tierra el nido de las víboras... Júpiter segregó del mundo estas riberas y las reservó para una raza piadosa, cuando manchó de bronce la edad de oro; con bronce primero, luego con hierro endureció los siglos, de quienes, según mi vaticinio, escapan los hombres con una fuga a tiempo»<sup>58</sup>.

La epístola décima es un elogio de la vida tranquila del campo; y la contrapone al vivir ciudadano lleno de preocupaciones. Según Horacio la verdadera felicidad se gusta en esta vida sana en contacto íntimo con la naturaleza, mientras que los falsos bienes nos hacen esclavos y son los que ambicionados ocasionan las guerras y disturbios cívicos. «Si es que conviene vivir conforme a la Naturaleza, si para construir una casa es preciso antes escoger el solar espacioso ¿conociste por ventura sitio mejor que el campo venturoso? ¿Hay algún otro donde más tibio sean los inviernos? ¿En donde el aire más suave mitigue la rabia del Can y la ira desaforada del León cuando, feroz, dió acogida al sol lanzando sus agudos dardos? ¿Hay otra parte donde el cuidado envidioso quiebre menos el sueño?... Huye las grandezas; pues debajo de un pobre techo bien puedes llevar una vida mejor que los reyes y que los privados de los reyes. Sabiamente vivirás, Aristio, si te contentares con tu suerte»<sup>59</sup>. Bella máxima, cuyo olvido ha sido causante de tantas perturbaciones y ha trocado la paz de las naciones en crueles guerras.

La epístola 16 del mismo asunto es una descripción topográfica con sus mínimos detalles de su amada quinta de la Sabina. ¡Como se deleita presentando a sus amigos el don que Mecenas generoso le había regalado y donde pasa los mejores tiempos del año! Hoy que gracias a los hábiles tanteos de feliz resultado de Capmartín de Chaupy en el 1769, conocemos el lugar concreto donde pasó parte de su vida el Cisne de Venusa comprendemos más exactamente la descripción que nos da sobre su *Villa* del Valle del Digencia. En esta epístola después de la descripción da consejos saludables para llevar una vida con la conciencia tranquila. «¿Quién es el hombre

---

<sup>58</sup> HOR., *Epodos* XVI.

<sup>59</sup> HOR., *Ept.* I, 10.



de bien?— pregunta Horacio. El que guarda las determinaciones de sus mayores, las leyes y los derechos de la justicia y la verdad; aquel que con su buen juicio ataja muchos pleitos y grandes diferencias; aquel que hace de fiador y consejero de tal manera que decide la causa... Los buenos aborrecen el vicio por amor a la virtud. Tu no hagas nada por temor del castigo» <sup>60</sup>.

Horacio ensalza también en las Epístolas las glorias de Augusto como en la primera del Libro VI motivada por una queja del César por no ser destinatario de alguna de ellas. Bien comprendía el sagaz Emperador la inmortalidad que le estaba reservada al vate, cuando pedía una mención en sus obras que por concomitancia le tocaría algo de esa fama perenne. Horacio le dedica esta epístola que versa especialmente de crítica literaria de los poetas latinos. Pero antes enhebra una serie de elogios en honor del César donde recuerda a los romanos los beneficios que le debían, principalmente la paz que reina por todo el Imperio: «Cuando tu sólo sostienes la pesadumbre de tantos negocios y tan graves; cuando con tus armas guardas el imperio y con tus costumbres lo decoras y lo educas con tus leyes... Ya en vida, nosotros tributámoste maduros honores y en loor tuyo aderezamos aras que son adoradas; y juradas y confesamos que en ninguna otra parte de la tierra jamás nació ni nacerá príncipe tan grande» <sup>61</sup>.

Con estas últimas palabras en honor de aquel gobernante que con sus armas mantiene la paz del Imperio y educa a las gentes con sus leyes damos fin a esta colección de citas en las que hemos ido desarrollando el tema de la Paz tal como lo entendieron y expusieron los dos más grandes poetas de la literatura romana: Virgilio y Horacio.

P. GREGORIO ANDRES  
Agustino.

---

<sup>60</sup> HOR., *Ept.* I, 16.

<sup>61</sup> HOR., *Ept.* II, 1.